Dos al filo de la noche

Luis Brito

Esa noche te dije "¡Acaba conmigo! Porque eres el último recurso para apagar mi vida llena de fracasos". Al filo de esa noche temblaste con el revolver apuntándome, mientras yo te decía que no hay más indulgencia que el olvido, ni tan martirizante castigo como la memoria. No era posible soportarnos más. La vida, nuestra vida, se había convertido en el desengaño que equivale al recuerdo del primer beso frustrante, el inicio de un amor irremediablemente mal correspondido.

Pero nunca disparaste. Y es que la muerte, especialmente la mía, siempre llega un poco después de lo que esperaba, cuando la espero; pero siempre llega antes, mucho antes, de reiniciar lo que parecía perdido. Me consuela saber que, a fin de cuentas, la muerte no puede borrar lo que ya he recorrido; pero me fastidia aceptar que nunca se acaba por inventar todo y que duela tanto el silencio como el desamor.

La muerte actúa como si fuera la primera vez que hace su trabajo. Comete mil errores: se lleva al hombre equivocado, toca a mi puerta en el momento en que más me divierto sólo para avisar que anda cerca, espera más tiempo del conveniente cuando la llamo, no encuentra mi dirección. ¿Dónde aprendería tantas tretas para hacer tan mal su trabajo?

Mil errores de su parte equivalen a mil formas de hacerme suspirar melancólico por su llegada, mil maneras de hacerme pensar que sigo siendo un guerrero que lava con sangre el pecado de ser. La bala nunca fue vomitada. Pero yo morí esa noche junto contigo.